

Reseña de Aherdan, (2013-2014), *Mémoires*, Editions du Regard, París (Tres volúmenes : 1942-1961, 1961-1975 y 1975-1991)

Bernabé LÓPEZ GARCÍA
Bernabe.lopezg@uam.es

Para citar este artículo: Bernabé López García (2016) reseña de Aherdan, (2013-2014), *Mémoires*, Editions du Regard, París (Tres volúmenes : 1942-1961, 1961-1975 y 1975-1991) en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 21, 193-199.

Los tres volúmenes de *Mémoires* del viejo zorro del berberismo, Mahyubi Aherdan, animaron el panorama político-bibliográfico marroquí en 2014 pero no han recibido el interés que lo relatado en ellos hubieran merecido. Una larga entrevista en la revista *Zamane* (“Les confidences d’Ezzayegh”, febrero de 2014) advirtió de su publicación pero no ahondaba en el fondo de muchas de las cuestiones candentes –y pendientes- tratadas en la obra.

De alguna manera se trata de una requisitoria –voluntaria- contra un sistema, el marroquí, analizado desde dentro por un personaje controvertido, muy ligado al propio sistema, pero que no ahorra palabras para enjuiciar sus malformaciones y disfunciones a pesar de las salpicaduras que rebotan sobre sí mismo.

Mahyubi Aherdan ha pasado por ser, en la historia canonizada de Marruecos, más allá de la oficial trazada por el régimen, como el instrumento de la monarquía para quebrar las aspiraciones democráticas –o simplemente de poder- que el llamado “Movimiento Nacional”, inspirado inicialmente por el Partido del Istiqlal y su escisión radical el partido de Ben Barka, la UNFP, preconizaban. Canónica también fue la versión, popularizada entre los intelectuales del país y de afuera por la clásica obra de Rémy Leveau *El fellah defensor del Trono*, de que el partido de Aherdan, el Movimiento Popular, fue el puntal sobre el que se apoyó una estrategia real para afirmar la institución monárquica y su primacía en el sistema frente a quienes defendían cambios profundos en la manera de gobernar. Las Memorias de Aherdan no desmienten esta idea pero la matizan detalladamente procurando al lector explicaciones y revelando que la historia canonizada del “Movimiento Nacional”, pero también de la propia monarquía, estuvo plagada de errores, de manipulaciones y fechorías.

Es cierto que esta obra, como canto a la berberidad, zócalo de la historia profunda de Marruecos, se convierte en un alegato contra quienes quisieron travestir esa historia de arabidad,

principalmente el partido del Istiqlal, al que Aherdan no ahorra ocasión para acusarlo de maniobras, engaños y chantajes a la monarquía, primero con Mohamed V y más tarde con Hassan II. Este último es, en última instancia, el verdadero protagonista de este libro, que es una prueba de fidelidad a un hombre admirado, calificado de figura excepcional, pero al que no se exime de su máxima responsabilidad en la, a juicio del autor, catastrófica administración de un país que terminó legando empobrecido y roto, depredado por un entorno que se aprovechó de él para enriquecerse en su nombre.

El libro es una autobiografía desde 1942, en plena guerra mundial, en la que el autor era soldado en el ejército francés, hasta la muerte de Hassan II en 1999 y en él se relatan minuciosamente sus tomas de posición contra la colonización, siendo aún caíd al servicio del Protectorado, su compromiso en la Resistencia, sus servicios a la monarquía en el arranque de la independencia, su papel como ministro fiel, sus choques con otros partidos y con diversos consejeros reales o validos del soberano, su disidencia con los avatares del régimen en choque abierto con quienes ataban y desataban en nombre del rey. Llegó a sufrir marginación y ostracismo, sin por ello poner un solo momento en tela de juicio a la institución monárquica a la que defendió a capa y espada como “mosquetero del rey” que fue, considerado como tal por el propio soberano, del que se separó, no obstante, en una etapa determinada, por las maniobras de su entorno. Siendo los urdidores de dicho distanciamiento Ahmed Réda Guedira y Driss Basri.

En las seis décadas que repasa la obra, la denuncia está siempre presente: contra las desviaciones y ambiciones de partido único del Istiqlal y la UNFP, que les llevó a liquidaciones físicas de sus oponentes; contra la instrumentalización de su partido en empresas para la supervivencia de otros; contra las decisiones irreflexivas del monarca; contra el clima de corrupción que llevó a los dos golpes de Estado y que no cesó a todo lo largo del reinado; contra la frivolidad de quienes ejercían el gobierno para sus propios intereses; contra la ceguera culpable del principal responsable de todo ello que no hizo caso a las llamadas de atención múltiples que, Aherdan entre otros, advirtieron en muchas ocasiones, relatadas en el libro con la transcripción de cartas dirigidas al soberano.

No faltan, no obstante, en la obra, lagunas llamativas, momentos cruciales sobre los que se pasa sin apenas citarlos, como los sobresaltos de 1965, 1981 o la muerte de Dlimi. No siendo una historia de Marruecos sino una autobiografía, hay que conocer aquella para que la obra no resulte a veces demasiado críptica. Pero el tono de franqueza con que está escrita, abordando tabús como en el caso del Sahara, en el que no repara en críticas hechas desde su visión patriótica, convierte a la obra en un testimonio de excepción sobre un reinado en el que pocos se han prodigado en ofrecer sus puntos de vista.

Memorias, 1942-1961

Las memorias de Aherdan comienzan, como se ha dicho, en 1942, en los frentes de Túnez e Italia, donde Aherdan fue herido y condecorado en acciones de guerra. Hombre de ejército, disciplinado pero orgulloso de su origen bereber y marroquí, traza en las primeras páginas su fidelidad última al Sultán, al que quiso ofrecer la metralleta de un prisionero como símbolo del combate que debía llevarse para liberar a su país de los franceses. Describe su negativa a secundar la maniobra a favor de El Glaui y en contra del Sultán y cómo le procuró la suspensión de sus funciones de caíd en 1953, en vísperas del exilio de Mohamed Ben Yusef.

Pero si está bien detallado todo este proceso, hay una laguna enorme entre agosto de 1953 y mayo de 1955, precisamente los años de la resistencia en los que, aparte de su captación para el Consejo

de la Resistencia por Abdelkrim Khatib (I, 117), no se detalla su papel y sus acciones. Desdibujada del todo aparece la resistencia (u oposición) civil y ciudadana para la que no hay la más mínima referencia.

Esto no es casual. La diatriba con el Istiqlal es permanente en todas las Memorias. Cuando este partido aparece citado por primera vez es en París, en 1955, en hoteles de lujo, negociando “en torno a una mesa de bar” (I, 124), con su “desdén habitual” (el de Balafrech), “seguro de que la herencia del combate les beneficiaría” (I, 127).

La querrela adopta forma de acusación personificada en Mehdi Ben Barka, “el espécimen mejor dispuesto a las maniobras politiciennes” (I, 133), hombre sorprendente étonnant, “capaz de todos los bandazos, inteligente, dinámico (fonceur), farsante (farceur)” (I, 136).

La oposición entre los “centauros primitivos” (I, 145) -como era denominado Aherdan por Abderrahim Buabid- y los “tenderos (boutiquiers) políticos que de todo hacen comercio” (I, 147) - como define Aherdan a los istiqlalios-, es resaltada continuamente en el libro. Aherdan denuncia a éstos porque, según él, querían retrasar el retorno del Sultán para asegurarse en las negociaciones con Francia unas instituciones que le convinieran o le permitieran un juego político con ventaja. Para Aherdan era una complicidad con los intereses coloniales, aunque en realidad esconde detrás de su sultanismo montaraz radical, que exigía primero de todo la vuelta del Sultán, el miedo a los que tenían una estrategia y una coordinación. En el volumen primero de las Memorias nada hace pensar que detrás de los juegos de tribu, localizados en determinadas zonas, hubiera una estrategia de dimensión nacional y coordinada. De ahí la impresión que puede notarse de desconexión entre los tres polos que pujan por la independencia: el Ejército de Liberación (ELM), el Istiqlal y el Trono.

No queda nada claro el papel que la zona Norte ejerció de refugio ni para el nacionalismo urbano ni para la guerrilla, aunque cita de pasada “relaciones privilegiadas” con España (I, 190) y el asilo tetuaní de Khatib “no para huir sino para resistir” (I, 119).

Llegados a la independencia el rencor contra el Istiqlal se exagera. El asesinato de Abbés Messaadi marca el punto culminante, convirtiéndose en el estandarte para manifestar su oposición.

El episodio rifeño es para Aherdan una revuelta armada contra el Istiqlal (I, 234). Pero sus excesos, el “equivoco sin nombre” de que se gritase “Viva el Rey” luchando contra las FAR, el despertar de sentimientos republicanos en algunos, le parecen inaceptables y explican la ferocidad del combate del príncipe heredero. Para el gobierno unipartista de Rabat el asunto del Rif no pasaba de un mero asunto social, incapaz de comprender el fondo identitario del problema (I, 252).

Para Aherdan, en cambio, es “El Rif! Un mundo aparte, parte integrante del pueblo y de la nación pero que, en su singularidad, soñaba y sueña con más consideración de la que sueñan otras regiones del reino”.

Al episodio de Ifni de 1957-58, Aherdan no le da, sin embargo, importancia, pasando desapercibido.

Mención aparte le merecen los “colaboradores maquiavélicos” del Trono, encarnados en la figura de Réda Guedira (I, 206-207), criticado por su “suficiencia y sus aires de ciudadano” (I, 268). Asesorando al príncipe, encarna una tendencia mal concertada con los asesores de Mohamed V,

como Mohamed Aouad, contribuyendo a un clima viciado que Aherdan describe sin control en los últimos tiempos del reinado de Mohamed V, con el heredero al frente de las riendas del gobierno.

“Mosquetero del rey”, como también lo será Abdelkrim Khatib, creará el Movimiento Popular (MP) en septiembre de 1957 (I, 218) para oponerse a las ambiciones exclusivistas del partido del Istiqlal, lo que le costará el puesto de gobernador de Rabat bajo la mirada impotente pero complaciente de Mohamed V, que alabará su patriotismo y fidelidad en la toma de posesión de su sucesor.

El MP pasaría así a una semiclandestinidad en espera de resurgir en otros momentos clave. Pero se habla poco de su organización, fuera de algunos fieles embarcados en el proyecto por compromiso personal con Aherdan, como decía el propio Khatib, no siendo su ideología más que la defensa de la autenticidad, de lo consuetudinario, de la tradición, lo que lo ligó al mundo rural y a algunos de sus notables.

El primer volumen concluye con la muerte de Mohamed V y el sentimiento de desolación que dejó en el país.

Memorias, 1961-1975

El segundo volumen completa los años que van hasta la Marcha Verde. Unos años que preceden a los dos golpes de Estado, y que Aherdan describe dominados por la corrupción. Golpes que el autor percibe como reacción a ese estado de malestar en el que el rey vive “encerrado en el círculo estrecho de su entorno (entourage)” (II, 257), “prisionero del sistema” (II, 259). Hacia este entourage van las principales críticas de Aherdan. Guedira es presentado como “el gran peligro para la monarquía” (II, 59), según llegará a advertir el propio Aherdan a Hassan II, pero tampoco se ahorran las críticas contra el Istiqlal en sus dos ramas, por sus prácticas de chantaje y de “política de tenderos que no logran vender su mercancía” (II, 57). Así es como trata a los mehdistas y buabidistas.

Es evidente que el libro no es una obra de historia. Hay que conocer bien la cronología de Marruecos de este período para comprobar las ausencias o los silencios, o los episodios minimizados en estas Memorias y que han trascendido sin embargo como hechos mayores en otras versiones más o menos oficializadas o canonizadas por unos u otros. La redacción de la primera constitución en 1961-62 es contada como si de un gran debate nacional se tratase, pero la marginación de la UNFP, que acababa de abandonar el gobierno un año antes, desnaturalizó la operación constituyente de Hassan II. No habla Aherdan de la famosa “cláusula Guedira” acerca del Emir al Muminin, aunque se cita a El Fassi y Khatib como sus inspiradores, que “pretendían resaltar el lado islámico del Estado marroquí” (tenaient à mettre en exergue le côté islamique de l'État marocain) (II, 51). Insiste más en “su” tema, el de la identidad lingüística, cargando tintas en el debate del propio Aherdan con Guedira a propósito del carácter nacional/oficial del árabe y la defensa de la amaziguidad.

Las elecciones de 1963, en las que el MP es “embarcado” en la operación del Frente para la Defensa de la Instituciones Constitucionales (FDIC) (II, 76) en las “arenas movedizas” electorales que comportarán la derrota de Aherdan, aparecen desdibujadas en sus resultados, pero el montaje del Frente, “voluntad del soberano”, es descrito como “una fuga hacia adelante en un camino que no llevaba a ninguna parte” (II, 78).

La guerra de las Arenas aparece bajo un prisma singular. Se trató en consejo de ministros de plantear discusiones con los argelinos sobre el tema. Guedira y Balafrech no eran partidarios de ello, preferían esperar. Aherdan por el contrario creía que no era bueno dudar. El clima estaba envenenado en la prensa del Istiqlal. Un encuentro en Uxda propuesto por Ben Bella no tuvo lugar

y el “complejo argelino” estalló (II, 96) en los choques militares que concluyeron mal. Aherdan se lamenta de no haber aprovechado la ocasión para recuperar Tinduf (II, 101).

Un episodio tan trascendental como el secuestro de Ben Barka no le merece más que unas líneas de interrogantes (II, 138) en las que trata de exculpar al rey y convertir el episodio en un ajuste de cuentas entre clanes.

Es muy interesante ver cómo piensa Aherdan sobre la arabidad y el mundo árabe, en consonancia con su visión del país. Contrario al envío de tropas a Oriente Medio, un mundo “diferente del mío en sus reacciones” (II, 149-152), empieza cierta tensión con el rey que promete siempre una cátedra de beréber que nunca se establece. Se incubaba una ruptura, con su dimisión del ministerio de Defensa (II, 180) en marzo de 1967, que sin embargo se va aplazando, siempre por fidelidad al rey. Las razones están en el “desorden generalizado” (pagaille généralisée) (II, 182) que observa en la gestión del país, en manos de “irresponsables” (II, 164), con un rey “prisionero del sistema” como se ha visto. En boca de Benhima dirá que “es S.M. quien ha enriquecido a este mundo, a comenzar por los oficiales” (II, 311).

Y será este ambiente el que lleve a los golpes de Estado, que Aherdan ve como “conclusión de un comportamiento” (II, 339), como reacción a un mundo donde los despreciables (salopards) son “legión” (II, 264-5), donde la corrupción era ya casi una norma.

De ahí que de los golpes de Estado haga una lectura particular, lamentándose de las ejecuciones sumarísimas sin juicio, de los entierros sin derecho a la oración de los muertos, como el de Oufkir, cuya versión oficial, que él niega, fue la de muerte por suicidio. Pero su muerte fue “por haber creído en el sistema y dejar de hacerlo” (II, 341). No es sin embargo indulgente con la mujer del general, “que tantas veces lo ridiculizó” (2, 341) según censurará, de la que no dice nada de su horrendo secuestro de veinte años con su familia.

El segundo volumen concluye hablando de la preparación de la Marcha Verde, con unos datos exagerados de quienes vivían en el Sahara español (60.000 soldados de ocupación, 30.000 habitantes y 30.000 refugiados de los que no dice dónde), con cierta ambigüedad al hablar de Canarias, de la que parece defender, por su africanidad y berberidad, su marroquinidad, aunque nunca lo explicita (II, 387). La Unión Nacional que se fragua sobre la cuestión sahariana es, a su juicio, más una apariencia que una realidad, una ilusión impuesta por el rey (II, 394).

Memorias, 1975-1999

Su visión del tema sahariano dista un tanto de la unanimista oficial. No porque la contradiga sino por la crítica que hace, ya en el tercer volumen que empieza en 1975, a la política llevada a cabo en los veinte años que precedieron a esta fecha, “20 años perdidos” en los que el Norte y el Sur vivieron aislados (III, 19). Reconoce errores de partida, como el nombramiento de Bensuda como primer gobernador en el Sahara (III, 63), cuya facundia (faconde) le impedía conectar con los saharauis, favoreciendo el éxodo hacia Tinduf en lugar de frenarlo. “La Marcha –dirá- en lugar de proyectarnos en lo que se esperaba de ella, la recuperación de nuestra soberanía sobre nuestra tierra, se transformó en guerra de posiciones”. Y la actitud contraria de Argelia fue una consecuencia de faltas de Marruecos. La Marcha Verde, “loable” en su acción, “abrió las puertas a todos los malentendidos. Permitted enriquecerse a los crápulas (crapules), mudar la piel a las víboras (vipères), encontrar pretextos a los guediristas” (III, 347).

El volumen tercero, que llega hasta 1999, al advenimiento del nuevo rey, narra sobre todo el proceso de marginalización que sufrirá el propio Aherdan por los validos del rey, entre los que coloca en primera fila a Driss Basri, se detiene en la creación artificial de nuevos partidos (Reagrupamiento Nacional de los Independientes, RNI, Unión Constitucional, UC), así como en las maniobras provocadas en el seno del MP a fin de aislar a su fundador hasta el punto de dejarlo fuera.

Aherdan va notando cómo el ambiente vuelve a enrarecerse, cómo no hay que decir ciertas cosas en presencia de los validos (III, 187), cómo se fabrica una política a imagen y semejanza del Ministerio del Interior que hace y deshace, inventa provincias con la idea de controlar más, confecciona elecciones (III, 227), siempre manipulando (III, 233).

La pluma de Aherdan muestra silencios o sordina en determinados hechos. Sobre las revueltas del 1984 no se atreve a comentar el discurso real que lo enfrenta con los rifeños (III, 256), al llamarlos “apaches”, aunque no puede negar que es una región “mal amada”.

La traición de Mohand Laenser, orquestada por Interior, lo alejó del rey, pero no debilitó su fidelidad. Esperó el momento de retorno, con la creación del Movimiento Nacional Popular (MNP), para demostrar que nunca fue “ni blando ni traidor” (ni lâche ni traître). Pero no se dejó comprar con falsas promesas, como el ministerio de Antiguos Combatientes que pretendía encuadrar a los 100.000 soldados tras el referéndum en el Sahara (III, 425) con el que se le trató de hacer tragar el acercamiento a la Kutla y su participación en el gobierno de la Alternancia, operación que seguirá pareciéndole una manera de volver a dejar al país en manos de los “tenderos” (épiciers).

El tercer volumen, como los otros dos, es una acérrima defensa del berberismo, su causa central, su lucha perpetua para rehabilitarlo en la enseñanza, en la prensa, en la política. Su hijo Ouzin le seguirá en su combate, llegando a ser encarcelado por editar una revista que apareció a contracorriente del proceso de arabización que Hassan II avaló mientras dio largas al Instituto (el Instituto Real de la Cultura Amazig, IRCAM, no sería fundado hasta 2002 por su sucesor) o a la cátedra de bereber.

El libro concluye con una evocación del eclipse solar de agosto de 1999 que reveló en Marruecos lo vivo que aún sigue el charlataneo donde la religión se mezcla con la superstición.